

Sólo dos libros de Pavese, que yo sepa, han sido traducidos al español. Pero estos dos libros bastan para entregarnos la imagen de uno de esos artistas auténticos, misteriosos, de los que resulta difícil hablar. En efecto, podemos hacernos una idea bastante aproximada de lo que es una novela rosa o policiaca que no hemos leído, pero en cambio la idea del *Quijote* que puede formarse una persona que no lo ha leído, por muchos comentarios que conozca de esta obra, será siempre ridículamente falsa y marginal. En rigor, todo lo que se puede decir del arte no se dice del arte, sino de algo que acompaña al arte. Lo cual no quiere decir que haya que perseguir un arte puro, ideal, descarnado, sino sencillamente que una verdadera obra de arte es precisamente tan concreta, tan poco "ideal", tan encarnada y viva, que sólo podemos referirnos a ella por alusiones y esquematizaciones, tan convencionales como las que nos sirven para hablar de una persona viva y concreta, que sólo mediante "la presencia y la figura" puede entregarnos su cálida individualidad irreductible.

Las novelas de Pavese son, precisamente, de esas obras que parecen tener un rostro vivo como las personas. Un rostro expresivo, al mismo tiempo comprensible y misterioso, que se nos entrega y nos escapa, que se parece a nosotros y, sin embargo, es "otro". Son de esas obras que parece que podemos mirar en los ojos, que parece que no sólo las miramos, sino que nos miran ellas mismas. Terriblemente concretas, individuales e inolvidables como un rostro humano, y sin embargo, como un rostro inagotables y cambiantes, tienen como las personas, esa sustancia viva e intransferible, ese "algo" irrepetible que es lo único de que podemos enamorarnos verdaderamente.

Y, sin embargo, el aspecto exterior que presentan superficialmente estas obras es casi el de una casual trivialidad, el de una compacta opacidad que es como la corporeidad material de un ser vivo. Pero apenas el ser vivo se mueve y expresa, apenas la novela articula y pone en dinamismo sus materiales aparentemente mecánicos, el conjunto se ilumina de una extraña aura, de una luz que dimana de su centro y que es lo que solemos llamar "espíritu".

Sólo que la percepción de este "espíritu" es, naturalmente, cuestión de sensibilidad, o, mejor dicho, de sentimiento. Y así como hay personas ciegas a la peculiaridad profunda, ab-

soluta y, por decirlo así, metafísica de cada individuo humano; así como hay, por ejemplo, quien no perciba ninguna diferencia verdaderamente significativa entre dos mujeres, con tal de que sus cuerpos le gusten igualmente, del mismo modo ha habido quien ha visto en la obra de Pavese simplemente una continuación de la novela norteamericana moderna. Esta aparente semejanza quedaba subrayada, además, por el hecho de que Pavese, que vivió en los Estados Unidos, fué uno de los traductores en su lengua de estas novelas, y escribió incluso algunos ensayos sobre ellas.

Y, sin embargo, si prescindimos de esta coincidencia superficial, pocas novelas se parecen menos a una novela norteamericana que éstas de Pavese. Camus ha mostrado in-

casi parece magia. Un personaje relata escuetamente, casi sin comentarios, algo que le ha sucedido, y a través de su lenguaje, de sus reacciones, de sus respuestas, de sus acciones, se nos va revelando maravillosamente su esencia más íntima, y al mismo tiempo, lo cual es más asombroso, la medida exacta en que su visión deforma los hechos, de tal modo que tenemos la sensación de poder reconstruir los hechos con más veracidad que quien nos los cuenta, haciendo con toda precisión el descuento de lo que corresponde a su visión particular. Una manera tan compleja y certera de entregarnos las cosas no puede, evidentemente, obedecer a puro cálculo; es propiamente lo que se llama inspiración, o sea instinto consciente. Nos encontramos así rodeados de una serie de

nica, porque juzgar es ya una manera de participar. Pero esta otra participación que no es impasible sino por su renuncia a colocarse por encima de aquello a lo que se entrega entrañablemente; esta abstención que no es ceguera sino amor, el amor que no sólo no es ciego sino que es lo único que no es ciego; esta participación es, sin duda, la más profunda y viva que puede tener un novelista.

Pavese nos describe lo exterior, pero contando sobre todo con lo interior, y contando precisamente tanto, que seguramente lo siente sagrado, es decir, como algo que es al mismo tiempo intocable y única presencia verdadera. Es significativo, por ejemplo, que en todas estas novelas (lo mismo en *Entre mujeres solas* y *El diablo en las colinas*, reunidas en un volumen que le valió, poco antes de su suicidio, un importante premio literario, que en *La luna y las fogatas*), un tema secundario, levemente esbozado, apenas tocado de vez en cuando, se revele de pronto al final del relato como el verdadero tema profundo de todo él. Así sucede con el suicidio de una muchacha que apenas aparece en *Entre mujeres solas*, con el amor de los dos jóvenes ricos y extraviados en *El diablo en las colinas*, y con el fusilamiento de Santina en *La luna y las fogatas*.

Debe notarse también que todas estas novelas están escritas en primera persona, relatadas por uno de los personajes. Esto es un artificio, por supuesto; pero, artificio por artificio, me parece éste, si puede decirse, un artificio natural, comparado con el del monólogo interior fotográfico, tan típico de la novela norteamericana. Un personaje que recuerda y relata, digan lo que digan los surrealistas, se parece más al hombre completo que un personaje que delira. Es menos "imaginario".

Así nos entrega Cesare Pavese ese mundo tan peculiar suyo, que produce una sensación parecida a la que experimentamos delante de las más auténticas obras maestras de la pintura: la de un diáfano misterio, luminoso como es el verdadero misterio (que no es oscuridad) y milagrosamente libre como es el misterio vivo; la sensación calurosa de participar en un significado nítido pero informulable: de que aquello significa algo, pero algo que no podemos expresar ni casi pensar, como no sea creando a nuestra vez. O acaso, simplemente, sintiéndonos vivir con silencio y pureza en la más secreta y desnuda fuente de nuestra existencia.

LETRA Y ESPIRITU

DOS LIBROS DE PAVESE

Por Tomás SEGOVIA

teligentemente que la novela norteamericana contemporánea "se refiere a un hombre imaginario", al observar que hace "como si los hombres se definiesen totalmente por sus automatismos cotidianos", mutilación mediante la cual se obtiene una "unidad degradada"; porque "la vida de los cuerpos, reducida a sí misma, produce paradójicamente un universo abstracto y gratuito". "En ese nivel maquinal, en efecto —dice Camus— los hombres se parecen, y así se explica ese curioso universo en el que todos los personajes parecen intercambiables, hasta en sus particularidades físicas".

Los personajes de Pavese, en cambio (y este es seguramente el rasgo más impresionante de sus novelas), tienen una individualidad profunda y misteriosa, un algo indefinible pero inconfundible, que el autor sabe entregarnos con una maestría tan asombrosa que

personajes que, como sucede con todos los personajes de los novelistas grandes, tenemos la impresión de haber conocido personalmente.

Lo único que en Pavese puede parecerse a los norteamericanos es el estilo, y en el sentido más superficial de la palabra. Pero el estilo, que evidentemente no es el hombre sino su herramienta (es decir, su límite), le sirve al autor a modo de trasmisor para entregarnos otra cosa; y esta otra cosa decisiva es, en Pavese y en los norteamericanos, la más diferente del mundo. Pavese escoge —el estilo se escoge totalmente y por eso no es el hombre—, escoge la descripción impasible desde fuera. Pero es descripción desde fuera de una cosa sentida desde dentro. Relata objetivamente, sin juzgar, pero no por mecanicismo. Evidentemente es preferible juzgar a su personaje a dejarlo sumido en la más triste mecá-